

La muerte y la doncella

Tenía la costumbre de escuchar música con unos cascos que me aislaban del mundo y me metían el sonido en las más lejanas arborescencias de mi cerebro. Un día puse *La muerte y la doncella*, de Schubert, y, como acostumbro, me dejé llevar por la música hasta un punto tal que sentí como una invasión del sonido particularmente intensa, casi como si unas huestes se hubieran apropiado de mí, indefenso ante la fuerza y el filo de sus armas. Percibí como unas oleadas de violines graves, casi cellos, que se abrían paso en mí tal vez queriendo llegar más lejos de lo que yo era capaz de imaginar, incluso de tolerar, pues es como si esa invasión hubiera traspasado las fronteras de mí mismo, que no sabía dónde situar, si es que, por cierto, existen tales fronteras. De existir, no sabía qué habría más allá de esas fronteras, tal vez la muerte misma, u Orfeo esperándome en sus residencia llena de música, y, por eso, ante semejante horizonte sobrenatural, medio asustado, puede que con el miedo metido en el cuerpo, me levanté y apagué el equipo (no encontraba el mando a distancia).

Probablemente no pude soportar las exigencias de la propia música y, como quien calibra un riesgo y sopesa los pros y los contras antes de actuar en beneficio propio, yo preferí en esa ocasión dar marcha atrás y

regresar sigilosamente al mundo más normal de los silencios domésticos o de los ruidos caseros, menos comprometedores e invasivos. Una tos del niño acostado, el clic de un picaporte usado para abrir o cerrar una puerta, incluso el sordo soniquete de una radio casi remota, a esas horas de la noche. Antes eso que el extraño y casi amenazador mundo de la música que se había manifestado en mí como si se tratara de una aparición que no había logrado averiguar en qué consistía realmente porque había carecido de la valentía necesaria para conseguirlo.

Pasó el tiempo y un buen día, ya aparentemente curado de mis aprensiones shubertianas, decidí volver a oír *La muerte y la doncella* como un gesto casi de normalidad y valentía. No podía vivir con el miedo a la música metido en el cuerpo, y menos aún a esa partitura de Schubert, uno de los músicos clásicos que yo más admiraba, en parte también por su desgarradora biografía, típica de algunos genios románticos.

Así que llegado ese buen día, me dispuse a ser valiente y a hacer frente a la música misma y a su extraño poder. Sea lo que sea, me dije a mí mismo, sin decírselo a nadie más, para no parecer ridículo. ¿Quién ha tenido alguna vez miedo a la música?

Me puse manos a la obra. Era la época gloriosa de los vinilos. Saqué el disco de su funda, quité el plástico que lo recubría, pasé un cepillo por su

superficie para quitar el polvo que hubiera podido adherirse después del tiempo que había pasado sin escucharlo. Hecha esa labor, lo puse sobre el plato, coloqué la aguja milagrosa sobre los surcos, conecté los cascos al amplificador y me los coloqué, dispuesto así a incrementar mi valentía. Que la música penetrara a fondo en mi cerebro y se perdiera por todas las neuronas habidas y por haber que hay en él. Yo estaba mentalmente preparado. Había pasado el tiempo, no tendría por qué volver a pasarme lo que me había pasado en la anterior ocasión en que había escuchado esa partitura. De hecho, nunca jamás antes me había pasado nada semejante. ¿Por qué me iba a pasar entonces?

Se empezó a oír ese peculiar crepitar de los vinilos y mi corazón se puso a latir, preso de una extraña expectativa. Al poco tiempo – segundos que se hicieron largos - los compases de los violines graves, casi cellos, volvieron a entrar en mí con parecida intensidad que la vez anterior pero en esta ocasión como si fueran cortejos, viejos y lejanos cortejos que se sucedían en viejos y lejanos entierros. La casa estaba en una calma casi absoluta, incluida la de las lámparas encendidas, pura fumigación de luz color ámbar y color sueño.

En vez de apartarme, en esta ocasión aguanté el tirón. Bajo ningún concepto me apartaría de la misma música, pasara lo que pasara. Adiós

cobardía, quien quiera que seas, me caes asquerosamente mal. Por tanto, que sigan los violines, que los haré frente. Y les hice frente, una vez desatada su pasión. Pronto me pregunté, inevitablemente: pero, ¿de quién es ese entierro? Si eres valiente, eres valiente, por tanto, aguanta el tirón, sigue adelante. La música oída permanecía en mí, incitándome a conocer algo más de ella y de la escena que por ella yo tenía en mi mente, sin que pudiera hacer mucho por quitármela de en medio. Notaba que la escena seguía desarrollándose dentro de mí, ajena por completo a mi voluntad, como si la música y sus consecuencias se hubieran adueñado por completo de existencia.

Cerré los ojos, me recosté sobre el sofá, y volví a la música, ya habitante en mí. La casa estaba en absoluto silencio, todo el mundo dormía. Por eso pude adentrarme sin problemas en el conocimiento de la escena cuya atención me reclamaba. No era un sueño. Era algo más que un sueño.

Por entre un sendero iluminado por hachones casi medievales, venía un cortejo de dolientes que acompañaban el último paseo del cuerpo sin vida de una doncella, una joven que no tenía edad para morir. Su cuerpo, cubierto por una sábana blanca, era transportado por un carruaje de caballos que se movían lentamente, bien que guiados por un cochero

adiestrado que dominaba sus ritmos y caprichos (su tendencia a piafar, su tendencia a salirse del sendero). Nadie lloraba pero todos estaban tristes. Schubert era uno de ellos. Ese día estaba sobrio, aunque Viena, a base de incomprendiones, le había dado disgustos que él se había acostumbrado a saldar con borracheras. Vestido completamente de negro, con un sombrero que casi le robaba al rostro la luz de los hachones, caminaba lentamente como los demás miembros del cortejo. Al verlo, no dudé en ponerme a su lado haciendo un esfuerzo por sobrevivir al deseo de todos por estar al lado del músico célebre pero desdichado. No era el momento para hablar pero decidí hablar, bien que susurrando mis palabras, casi inaudibles puesto que lo que más se oía eran los cascos de los caballos, y, en segundo término, los gemidos de algunas mujeres, tal vez también sus llantos...